

Juan Arnau Mendicidad y júbilo

JUAN MARQUÉS

Hacia mucho tiempo que no leía tantas veces en un libro la palabra «alegría», pero es natural que aparezca por todas partes en una confortable novela que pretende sintetizar la filosofía, tan consoladora y vitalista, de Baruj Spinoza. ¿Novela? Narrativa, en cualquier caso, y también esbozo de biografía, aun-

que esta nueva obra del profesor valenciano Juan Arnau tiene también algo de ensayo (por el contenido, a menudo tomado directamente de las obras del filósofo holandés), de teatro (por los diálogos y las acotaciones) e incluso de poesía (ya que, como ha de hacer ella, dedica casi todas sus páginas a recordar cosas fundamentalmente importantes).

Arnau se sirve con habilidad de un personaje escurridizo y algo fantas-

Este profesor valenciano nos propone una novela que trata de sintetizar la filosofía consoladora y vitalista de Spinoza

magórico, Jan van der Spycyk, que va saltando a través de los siglos como heredero y custodio de la sabiduría de quien fue su amigo en La Haya, y es él quien nos la va ofreciendo a los lectores en forma de capítulos breves que traen estampas paisajísticas, apuntes históricos y sociológicos o, sobre todo, la reproducción de conversaciones sobre distintos aspectos que siempre concluyen con la expresión de una serena satisfacción ante la existencia, sea cual sea la miseria o la injusticia que la envuelva.

Intransigencia religiosa

Los grandes obstáculos de la vida de Spinoza fueron la intransigencia religiosa, a la que se enfrentó con tranquilidad resignada, aceptando sin escándalo su expulsión de la comuni-



Arriba, «Turn on the radio». A la derecha, «Casette amarillo negro»

dad judía y asistiendo en silencio a la condena o censura de algunas de sus obras (algo que tampoco consiguió hacerle sufrir demasiado: «prefero no ser leído a ser malentendido»: p. 204, aparte de que «el pensamiento no habrá de ocuparse de los errores de los demás»: p. 95) y la pobreza material, que si pudo haber evitado, pues fueron muchos quienes, sin el solicitario, le ofrecieron trabajos, cátedras y subvenciones que no aceptó o cuya retribución él mismo redujo a lo mínimo para subsistir. La voluntaria y concentrada reclusión del filósofo fue la de alguien que previene contra «la más peligrosa de las pasiones, la inacción, la única pasión que carece de objeto» (p. 42): «el mismo sólo viajó por obligación y tras sobresaltos («no sabes lo divertido que es huir a tiempo»: p. 140), pero apostaba por un sedentarismo consciente y hacendoso: «para que la imaginación viaje, el cuerpo no ha de hacerlo» (p. 48). De hecho, no se trata sólo de permanecer siempre en el mismo lugar, con perseverancia y atención creciente, sino de quedarse por aquí incluso después del final: «La vida sólo revive en la vida. Los cuerpos se van, se van de muchos modos, pero también se quedan, se quedan de muchos modos, en otros cuerpos. Para seguir en el mundo cuando el cuerpo no está, para seguir presente lo ausente, el espíritu ha de albergarse en lo vivo, y desde allí emanar dulzura, comprensión, fe» (p. 15).

Es cierto que «no es fácil establecerse en la alegría agradecida de la vida cuando ésta es desdichada» (p. 237), pero «el sabio piensa en la vida y no en la muerte, no espera recompensa alguna de sus actos, ni aquí ni en el más allá, se esfuerza por obrar bien, no presta atención al mal y, sobre todo, se esfuerza por estar alegre» (p. 220), y para ello hay que ser laborioso y tenaz, dado que «la alegría es la marca del buen esfuerzo» (p. 96). El impulso positivo y jovial de la filosofía de Spinoza llega al extremo, estoico y marcoaureliano, de afirmar que «El mal no existe; lo pone la falta de vista, de perspectiva (p. 140)», y esa estrechez de miras de los pesimistas y los temerosos contrasta con una «amistad con el mundo» que es definitivamente luminosa: «El poder de una persona descansa en la cantidad de verdad que es capaz de soportar sin que esa carga lo arroje a la desesperación, sino que, al contrario, lo anime a caminar hacia un horizonte de alegría. La vida misma, con su empuje sanguíneo y su poder activo, se da así sentada a sí misma, se moldea y abre perspectivas donde crecer y ser más libres».

El cristal Spinoza

Juan Arnau
Editorial Pre-textos
Valencia, 2012
292 páginas, 20 euros



Riccardo Chailly, durante un concierto en el Festival de Canarias de 2004

Palau de les Arts Malabares

JOAQUÍN GUZMÁN

«V irgencia que me quede como estoy». La expresión popular la podría hacer suya cualquier aficionado a la ópera que espera, con no poca ansiedad, el programa 2012-2013 del Palau de Les Arts. La actual coyuntura económica es tan incierta, por volátil, que el anuncio de la programación que su intendente Helga Schmidt ha logrado sacar adelante -con ayuda de un forceps, seguramente- produce en los melómanos una reacción que va del alivio a la expectación. Encaje de bolillos hacer tanto con tan poco, si tenemos en cuenta los recortes autonómicos, la perenne limosna estatal y la dificultad endémica para el patrocinio.

Por fin Chailly

En ella siguen apareciendo nombres importantes. A los habituales ya de Plácido Domingo -que entrenará un nuevo papel de barítono en «El Foscari»- y Zubin Mehta, que dirigirá nada menos que un «Otello» en el Festival del Mediterrani, hay que añadir el de uno de los grandes directores de las últimas décadas -que de hecho sonó en su día como sucesor de Maazel-. Se trata de Riccardo Chailly, que dirigirá «La Bohème» y la «Sinfonía Coral» de Beethoven en diciembre.

A ojo de pájaro, la temporada de la crisis -que sumada a las anteriores completa ya el trienio- tiene como objetivo atraer a la mayor cantidad de público con títulos que resplandecen en el repertorio de siempre, como «El

barbero de Sevilla» de Rossini, «La Flauta Mágica», «La Bohème» o los títulos verdianos ya mencionados. No es la cosa para experimentos -es decir, estrenos u obras infrecuentes- que amenacen con resentir la taquilla. Wagner -del que también se cumple centenario- deberá esperar a la temporada próxima, en la que hay rumores de que se volverá a representar la histórica Tetralogía de la Fura dels Baus.

La temporada homenajea a Verdi -de cuyo nacimiento se conmemora el bicentenario- con tres de sus títulos. A «Otello» y «El Foscari» hay que añadir «Rigoletto», pieza que se ocupa de abrir la temporada. El maestro Welber -todavía titular de la orquesta esta temporada, sin que se sepa hasta cuándo- se encargará de la dirección musical en estos dos últimos títulos.

La zarzuela tendrá cabida con el dúo de «La Africana», de Fernández-Caballero, interpretado por los integrantes del Centre de Perfeccionament Plácido Domingo.

Interrogantes

Espectros en forma de dudas e inquietantes sombras -no hay nada que deseé más que equivocarme- se me presentan al preguntarme sobre cómo puede afectar a la prestigiosa institución valenciana su inclusión en

ese holding todavía no definido en sus formas, de límites imprecisos y objetivos borrosos llamado CulturArts, habida cuenta las enormes particularidades -por complejas- que conlleva la programación de una temporada de ópera que, por su especial naturaleza, se ha de realizar con una antelación de años, al tenerse que coordinar producciones, direcciones musicales, cantantes, títulos etcétera. El Real, Liceo y por supuesto los más importantes templos operísticos europeos gozan de plena y total autonomía.

Me parece arriesgado meter en el mismo cajón instituciones tan dispares en su gestión, puesto que si ya es difícil programar toda una temporada de ópera, ligar ésta con la programación de instituciones que tan poco tienen que ver entre sí como Teatros de la Generalitat y el Instituto Valenciano de la Música, se me asemeja a buscar la cuadratura del círculo. Veremos, no obstante, cómo se desarrollan los acontecimientos, pero cuesta vislumbrar la rentabilidad artística de CulturArts en el caso del Palau de les Arts, una institución que se ha labrado en pocos años un prestigio internacional por sí misma. Su autonomía en la gestión es una de sus mejores bazas y los resultados ahí están.

¿Por qué tocar lo que funciona?.

Me inquieta cómo puede afectar a esta institución su inclusión en un holding tan poco definido como CulturArts